Palabras del Hno. Horacio Bustos Kessler en el acto de inicio de su segundo mandato como Superior Provincial de Cruz del Sur

Luján, 18 de noviembre de 2012

Queridos hermanos y laicos/as maristas:

Lo siento mucho, pero tendrán que soportarme con paciencia otros tres años más!!! Creo que estamos viviendo un momento importante en la Provincia. Un tiempo lleno de desafíos, búsquedas e interrogantes.

Aunque con un poco más de experiencia, asumo este compromiso con la misma actitud de quien se siente pequeño e inexperto, pero deseoso de entregar generosamente lo que gratuitamente ha recibido. Agradezco los tres años de servicio que han transcurrido y la confianza de los hermanos al proponerme continuar por un período más.

Soy consciente de mi debilidad y fragilidad. En lo profundo de mi corazón siempre he buscado a Dios y, a través de los años, Él me ha guiado por su camino de amor… Me ha formado, me ha fortalecido y me ha educado en la disponibilidad. A lo largo de mi vida he podido experimentar cuán bueno es el Señor y que “aunque camine por cañadas oscuras ningún mal temeré porque Él va conmigo” (Salmo 24).

Asumo este cargo como un verdadero llamado a una entrega mayor de mi propio ser, a un amor más generoso y radical. Lo experimento como una gran oportunidad de crecimiento interior, una ocasión privilegiada de dar lo mejor de mí mismo, de servir a mis hermanos para ayudarles a realizar su vocación personal; una oportunidad de servir a los laicos y laicas maristas, también ellos responsables del carisma y la misión marista.

Quiero agradecer la gracia de ser testigo de toda la riqueza que existe en nuestra Provincia; el bien multiplicador que realiza a través de sus 46 obras y sus 31 comunidades religiosas esparcidas en Argentina, Uruguay y Paraguay. Especialmente doy gracias por tres fortalezas que percibo:

* Los hermanos son fraternos, simples, humildes, trabajadores, intentan dar lo mejor de sí y poseen un gran amor al Instituto.
* El laicado marista en la Provincia ha crecido en consolidación, pertenencia, dedicación y pasión por la misión.
* El espíritu apostólico de hermanos y laicos nos lleva a sentir que la gran mayoría de nuestros colegios y obras educativas tienen una gran vitalidad.

A fines del mes de septiembre realicé un retiro personal en el Colegio Máximo de los Jesuitas, en la localidad de San Miguel. Fueron cuatro de días de oración y discernimiento en los que pude revisar mi vida y también estos tres años de gestión en la Provincia. El proceso de Evaluación del trienio estuvo muy presente en mi mente y los datos relevados despertaban en mi interior distintos sentimientos de paz-serenidad e intranquilidad-desasosiego al mismo tiempo. Fue un rico material para el análisis de mí mismo, de mis reacciones, de mis opciones… Me permitió captar la presencia del mal espíritu en sus múltiples manifestaciones. También me permitió mirar la realidad de la Provincia y descubrir en mí mismo y en mis hermanos y hermanas tres necesidades concretas:

1. La necesidad del discernimiento

Me refiero a esa actitud anímica de búsqueda del querer de Dios. El discernimiento es un proceso espiritual que busca distinguir las mociones del Espíritu en nuestro corazón, la presencia de Dios en las realidades humanas que tocan nuestra libertad y decisión. Es descubrir en el interior los movimientos que vienen de Dios y aquellos que son sólo ilusiones. Se trata de encontrar la voluntad de Dios sobre nuestra vida y responder a ella con verdad y fidelidad.

Lo frecuente es que no tengamos percepción inmediata de esa voluntad de Dios porque, normalmente, Dios no se nos revela de manera directa, sino que tenemos que recurrir a otros criterios para descubrirlo presente en las realidades humanas. Hoy somos incitados al subjetivismo hasta el extremo y, en ocasiones, proyectamos los propios deseos, como si fuesen la voluntad de Dios. Este ejercicio espiritual se sitúa necesariamente en el horizonte de la fe. Y la fe se entiende únicamente como diálogo de la libertad humana con la revelación de Dios, que quiere comunicarse con nosotros. Los impedimentos se encuentran de nuestro lado. Seguir a Cristo es nuestro ideal, pero esto puede estar condicionado por nuestros intereses autocentrados, los propios prejuicios, las propias tradiciones… Hay muchas decisiones que tomamos automáticamente, sin que nos demos cuenta de sus motivos profundos, sin confrontarlas con el Evangelio y sin cuestionarnos por las fuerzas que las motivan.

Junto a mi agradecimiento por la excelente participación en el proceso de evaluación del trienio, los invito a todos al discernimiento. Hemos dado mucha participación en este proceso para que todos pudieran decir lo que quisiesen expresar. Pero el riesgo es quedarse en lo que cada uno dijo y considerar eso como verdad absoluta. Ahora es tiempo de discernimiento, de ver si todo esto viene de Dios… El crecimiento en la vida cristiana y marista exige una búsqueda apasionada de la voluntad de Dios, como lo hizo Marcelino. Una búsqueda que conlleva discernir entre el bien real y el bien aparente. Porque sólo en discernimiento es posible el camino de conversión al que nos invita el XXI Capítulo General.

1. La necesidad de fortalecer nuestra opción por la vida consagrada

Necesitamos hacer una opción más radical por la vida consagrada marista a nivel personal y a nivel comunitario. Creo que debemos trabajar más por el cuidado de nuestra consagración como una vida de “total” pertenencia al Señor y por el cuidado de nuestra dimensión comunitaria como testimonio visible de unidad y fraternidad. Necesitamos volver al “primer amor”, a aquello que nos cautivó y enamoró del Señor y de su Evangelio. Necesitamos re-encantarnos con nuestra vocación marista y sus implicancias: una vida pobre, obediente y casta por opción de amor y a imitación de Cristo. Hay actitudes, estilos de vida y modos de relacionarnos que requieren una revisión honesta, quizás mediados por un acompañamiento psicológico y espiritual, tanto a nivel personal como comunitario. Nuestra manera de mirar la vida y los acontecimientos no siempre contienen la mirada de Dios. El pesimismo y la desesperanza ante el futuro de nuestra vida y de nuestras obras, la falta de disponibilidad para asumir nuevas misiones, los conflictos que surgen debido a la presencia de ciertas heridas históricas no resueltas… parecen ser expresión de una debilidad en la consagración. Ante esto es fundamental la actitud de disposición a dejarse acompañar. El mundo sediento de Dios en el que vivimos necesita de hombres con una profunda experiencia espiritual, de maestros de espiritualidad. Y, como consecuencia, con una conciencia de que la animación vocacional y la perseverancia están mucho más ligadas al contagio y atractivo de una vida plena y feliz centrada en Jesús, que a las estrategias y políticas provinciales que se puedan desarrollar en este campo.

El Espíritu Santo puede cambiar radicalmente nuestra existencia si le dejamos actuar. Él tiene el poder de reanimar nuestro sí hasta el último momento de nuestra vida.

1. La necesidad de procurar un mayor impulso de la espiritualidad marista

Como consecuencia de los dos puntos anteriores, surge la necesidad de cultivar más la mística marista y de trabajar por una sólida espiritualidad. La espiritualidad es mucho más que nuestros métodos y ejercicios de oración. El verdadero proceso espiritual no está necesariamente asegurado por el cumplimiento de ritos y devociones. Se requiere de la auténtica experiencia de Dios para llegar a ser una persona “espiritual”. Como Champagnat, los maristas estamos llamados a vivir “cautivados por el amor de Jesús y de María”. Esta experiencia se convierte en fuente de nuestra espiritualidad y celo apostólico, nos hace sensibles a las necesidades del mundo, particularmente cercanos a la vida de los niños y jóvenes. Somos enviados a un mundo necesitado de sentido y de espiritualidad. Esta sed de espiritualidad es la que nos arraiga en nuestra vocación. Los jóvenes cuando se acercan a nosotros “quieren ver lo que no ven en otra parte”.

El Hno. Charles Howard (1992), señala que “la espiritualidad abarca todo lo que somos, toda nuestra vida, nuestras relaciones, dones, alegrías y penas, nuestros sueños y estados de ánimo, las luchas y los fracasos... todo. Como cristianos que somos, vemos el rostro, la mano, la palabra, el aliento de Dios en cada uno de los aspectos de la vida humana, de la naturaleza y de lo que está más allá de lo que vemos y palpamos.”

Como maristas necesitamos crecer en una espiritualidad apostólica y mariana que se nutra de la presencia de Dios y de María vivida en los múltiples acontecimientos cotidianos. Esta espiritualidad exige, para permanecer, el encuentro vivo con Jesús, cara a cara, todos los días.

El icono de María de la Visitación ha inspirado la llamada fundamental que nos hace el XXI Capítulo General: **“Con María, salgan deprisa a una nueva tierra”**. Se nos invita a movernos, a caminar, a salir hacia lo nuevo, a ir allí donde se nos necesita. Se nos invita a redescubrir la figura de María como maestra de contemplación y acción. Se nos invita, como María y Champagnat, a ser contemplativos en la acción.

Teniendo en cuenta esta triple necesidad, y mirando nuestro futuro como Provincia, siento que es importante poner las energías en:

1. Indagar otros caminos alternativos de maduración humana y espiritual, ofreciendo el beneficio de las ciencias humanas, creando espacios provinciales para el conocimiento personal, la revisión de los vínculos y el desarrollo de una espiritualidad más auténtica.
2. Favorecer condiciones para la calidad de vida de nuestras comunidades de hermanos y laicos. Para esto es necesario una animación adecuada, una restructuración de comunidades en función más de la plenitud de vida que de la atención de las obras, y un impulso de nuevas experiencias comunitarias de hermanos y laicos que sean testimonio contagioso de vitalidad.
3. Habilitar espacios y experiencias de acompañamiento de los jóvenes, de formación, de voluntariado, de animación espiritual y vocacional… para que muchos jóvenes puedan experimentar, en la cercanía con los hermanos y laicos, que ser marista hoy vale la pena. Hoy necesitamos ser creativos, aportar ideas, proponer formas nuevas, dejar miradas dicotómicas, experimentar nuevos caminos de pastoral juvenil y vocacional… En estos “tiempos recios” (como diría Santa Teresa) necesitamos: vocación, renovación, fidelidad y pasión por Jesús y su Evangelio.

La respuesta frente al futuro está en nuestras manos. Los medios o recursos para el cambio están en nosotros, en nuestras comunidades maristas. Caminemos con confianza, con audacia y esperanza, sabiendo que nuestro futuro “también” depende de las decisiones que tomemos.

Hoy, al iniciar estos tres nuevos años de servicio, le repito al Señor aquellas palabras de Henry Newman: Guíame, Señor, mi luz, en las tinieblas que me rodean: guíame hacia adelante! La noche es oscura y estoy lejos de tu casa: Guíame Tú! Dirige Tú mis pasos!! No te pido ver claramente el horizonte lejano: me basta con avanzar un poco… No siempre ha sido así, no siempre te he pedido que me guiases Tú… Durante mucho tiempo tu paciencia me ha esperado: sin duda, Tú me guiarás por desiertos y terrenos pantanosos, por montes y torrentes hasta que la noche dé paso al amanecer y me sonría al alba el rostro de Dios: tu rostro, Señor!!

Les pido que recen por mí para que yo pueda cumplir esta misión con sabiduría y humildad. No tengo la fórmula exacta para hacer bien todas las cosas, sólo intento dar lo mejor y ensayar caminos que previamente pongo en manos de Dios. Sé que lo mejor que puedo ofrecer es el cuidado de mi interior y la paz del corazón. Para eso le pido al Señor la gracia de la serenidad del niño que se abandona confiado en los brazos de su madre (Salmo 130).

Que María, la Buena Madre, y san Marcelino sean siempre nuestra inspiración, nuestra fuerza y nuestra alegría. Que ellos nos conserven, nos multipliquen y nos santifiquen.

Feliz inicio del 4° trienio!!

Muchas gracias.